

Concha de mar

Nohemí Damián de Paz*

—Papá dice que aquí era mar— dijo de repente la pequeña que dibujaba espirales en la calle de arena en un intento de que su madre le prestara atención.

—Ajá— fue la palabra que la niña alcanzó a escuchar procedente de una garganta reseca. La respuesta, la única que diría su mamá durante el regreso a su casa, parecía un susurro ante el silbante viento que provocaba una fuerte polvareda que las cubría de pies a cabeza.

Sin mirar atrás, la joven señora encaminó a su hija por la calle Congrio mientras varias olas de arena comenzaron a formarse y las golpeaban sin descanso. Sus pasos se volvían cada vez más lentos. Regresar a su hogar se había convertido en una odisea.

Cuando esas olas reclaman furiosas cada rincón de Puerto Anapra, los cerros que rodean esta colonia desaparecen. Por ese motivo nadie se anima a navegar por ahí en aquellas condiciones, excepto las madres, tías o abuelas que deben recoger a los niños de la escuela. Pocas tienen el privilegio de regresar a su casa en coche y otras vuelven en el transporte público. No obstante, esta joven mujer sólo tiene una opción: recorrer las calles con sus pies.

Los cables de luz se mecían violentamente y algunas gobernadoras desprendían la basura acumulada como si fuesen dientes de león. Envolturas de plástico, bolsas de supermercado y papel de baño volaban para alcanzar el sol, que se escondía detrás de las nubes grisáceas; sin embargo, fallaban y se convertían en obstáculos para los caminantes.

Marina soltó la mano de quien, parecía, comenzaba a dejarse llevar por la voluntad del viento y se entretenía al esquivarlos. En ocasiones alguna botella de plástico rodaba cerca de su pie e intentaba patearla como un balón de fútbol para anotar un gol a alguna portería invisible. Al

* Egresada de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana en el Departamento de Humanidades del Instituto de Ciencias Sociales y Administración, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

aproximarse a la calle Pulpo, la risueña recogió tres piedras de diferentes colores que cercaban a una especie de prisión. El imponente edificio tenía dos pisos y un patio amplio al frente. Sus muros, unos pinos que casi alcanzaban la base del segundo piso, y unas buganvillas que se enredaban en los troncos, lo custodiaban. La señora sintió alivio al ver aquel lugar abandonado desde hace años e inmediatamente pensó “Falta poco”. Tomó la mano de su hija y regresaron a su travesía.

Un camión blanco salió de la nada y las acompañó hasta llegar a un callejón. Al dejarlo atrás, un cántico lejano proveniente de una iglesia atravesó sus oídos arenosos:

*Dios, manda lluvia,
derrama de tu Espíritu,
envía hoy tu fuego,
sana mis heridas,
restáurame, Señor.*

Su sudor desaparecía como la huella de sus zapatos en la arena.

El polvo incomodaba cada vez más sus ojos y provocó que movieran la cabeza de un lado a otro. El calor, que se sentía más sofocante, alentaba sus movimientos. Su sudor desaparecía como la huella de sus zapatos en la arena. Se dirigieron a la izquierda con dirección a la calle Pez Aguja. Se detuvieron un segundo y dejaron pasar una rodadora, la habitual viajera de este rincón norponiente. Sentían que sus pies palpitaban. La joven cargó a Marina y observó cómo las nubes se movían en señal de que debía apresurar el paso.

Al abrir la puerta principal de la casa, ingresó primero el polvo y después ellas. La pequeña dormía, así que la recostó en el viejo sillón. Se sentó a un lado de ella y le limpió la frente con unas caricias. La niña descansaba todavía cuando su padre llegó. Como era costumbre, se quitó la bata azul. Al vaciar la arena de sus tenis en el piso, se dejó caer en la silla de plástico que se situaba enfrente del sillón e inclinó su cabeza hacia atrás.

—Me despidieron de la maquila, ¿cómo vamos a hacerle, Lupe?— fueron los vocablos que salieron de sus agrietados labios, acompañados de un ceño fruncido.

La mirada distante de la mamá de Marina no se alteró por la noticia y se mantuvo en la ventana. Se quedaron en silencio por unos minutos cuando un remolino de viento, el único sonido que provenía de las calles, entraba por las aberturas del techo.

Mientras esa familia se mantenía inerte en el pequeño espacio que llamaba sala, afuera una extraviada rodadora pasó enfrente de su casa. Quedó varada por breves segundos en el poste de luz que se localizaba en una esquina de esa habitación, pero siguió su recorrido gracias a la gran corriente de aire. Surcaba sin rumbo el mar de Anapra, este mar juarense, hasta que el viaje terminó. El tronco de un frondoso pino, que se encontraba apresado por unas bugavilias, consiguió detenerla. Densas gotas de agua comenzaron a caer del grisáceo cielo y una minúscula concha se asomó, convirtiéndose en una compañera para los dos.